

PRÓLOGO

La amistad y el arte nos salvan

—¿Qué miras, papá?

—Estoy buscando lógica terrestre, sentido común, gobierno honesto, paz y responsabilidad.

—¿Todas esas cosas están allá arriba?

—No. No las he encontrado. Ya no están ahí. Y nunca volverán a estarlo. Quizá nunca lo estuvieron.

—¿Eh?

—Mira el pez —dijo papá señalando el agua.

Quise iniciar mi texto con este diálogo entre un padre y su hijo del relato “El picnic de un millón de años”, del libro *Crónicas marcianas* que publicó Ray Bradbury, impactado por los absurdos y brutalidad de la Segunda Guerra Mundial. En la escritura fantástica del autor, el papá se llevó a toda su familia al planeta rojo, para huir de una posible catástrofe mundial. La fantasía se había convertido en realismo épico y no era para menos, pues así lo mostraban las atrocidades de la guerra y las amenazas de una confrontación entre las dos grandes po-

tencias triunfadoras: Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

En el prólogo a la versión española del libro, Jorge Luis Borges escribió: “¿Qué ha hecho este hombre de Illinois, me pregunto, al cerrar las páginas de su libro, para que episodios de la conquista de otro planeta me llenen de terror y de soledad? ¿Cómo pueden tocarme estas fantasías, y de una manera tan íntima?”. Luego, se responde diciendo que toda literatura es simbólica, que hay unas pocas experiencias fundamentales y que es indiferente que un escritor, para transmitir las, recurra a lo fantástico o a lo real; a la invasión de Bélgica en agosto de 1914 o a una invasión del planeta Marte. En este libro, dice Borges, de apariencia fantasmagórica, Bradbury expresó sus preocupaciones, “sus largos domingos vacíos, su tedio americano, su soledad...”. Y, ciertamente, para el autor del diálogo entre el padre y el hijo antes señalado, había una preocupación por lo que ocurriría a finales de la primera mitad del siglo xx. La desesperanza no sólo estaba en las consecuencias de los encuentros bélicos y mortales, sino también en lo irracional de la vida cotidiana, porque, para Bradbury, “vivimos en un mundo que nos absorbe con sus normas, con sus reglas y la burocracia, que no sirve de nada”.¹

Pero, ¿por qué iniciar esta introducción con esta reflexión sobre un cuento de ciencia ficción? Por mi hijo Adán supe que el verdadero propósito de este género literario es precisamente poder vernos a nosotros mismos en el espejo de un futuro imaginado y, quizás, posible. Por eso huimos y nos refugiamos en lugares cómodos que estén a nuestro alcance y buscamos a quienes sean como nosotros y sepan compartir lo que tengan. Mientras nos absorbe el mundo “con sus normas, con sus reglas y la burocracia”, buscamos una salida digna y confortable, que no afecte a terceros y que nos permita seguir el camino de

1 Bradbury, Ray, *Crónicas marcianas*, España, Edición Planet, 2015.

los anhelos más profundos que tenemos como seres humanos. En situaciones difíciles y a veces insalvables las personas buscamos otros mundos posibles e imaginados; nos encontramos con quienes comparten nuestros gustos y nuestros sueños, luego somos amigos. Y en este afán, volteamos también al mundo de las artes para hacer literatura y canto; otros se involucran en el teatro o se embelesan con las artes plásticas. Nos envuelven ecos del caracol.

Con estos andares y estas querencias nació, en 1994, La Cofradía, conformada por un grupo de personas que optamos por la compañía franca y generosa, creativa y alegre. El nombre fue puesto de manera lúdica, aludiendo a las hermandades cristianas o a los gremios medievales, y así se quedó. En aquellos inicios, sus integrantes se sabían capaces de emprender una tarea literaria entre conocidos para mejorar los poemas, cuentos y ensayos que muchas veces se escribían en la sombra y con legítima timidez. Luego, con más determinación, el grupo fue creciendo y apareció la música, la declamación, las artes plásticas. En este mundo de bohemia, imaginación y creatividad, con los años se fueron construyendo lazos animosos de camaradería y amistad.

En 2020 llegó un virus que cambió nuestras vidas. No fue en una ciudad, ni en un continente, sino que llegó y violentó todo el planeta. De pronto, los especialistas del sector salud se convirtieron en los primeros combatientes que se enfrentaron a un enemigo muy peligroso, invisible y, pareciera, invencible. Son héroes y heroínas que, como aquí lo señala José de la Torre, en esta batalla algunos pierden la vida. La pandemia no termina aún y, como lo señala en su escrito Armando Alonso, ha provocado que vivamos tiempos aciagos, marcados por un drama social cuyas contradicciones han sido acentuadas por este mal. Nos duele en lo profundo tanta tragedia, nos desgarrar el alma. Junto con César Vallejo también nos preguntamos: “Mas ¿no puedes, señor, contra la muerte,/ contra el límite, contra

lo que acaba?/ ¡Ay, la llaga en color de ropa antigua,/ cómo se entreabre y huele a miel quemada!”.² Es curioso, paradójico, pero frente a la trágica muerte de muchos nos damos cuenta de la presencia luminosa de la vida.

Ahora las ciudades son diferentes, la gente camina como si no estuviera; hay temores, muerte y desesperanza. La crisis del coronavirus ha transformado las condiciones de vida de las pequeñas y grandes ciudades. ¿Acaso vivimos esa desesperanza de la que nos refieren Bradbury y Borges? Ojalá, cuando la tormenta pase, estas ciudades y poblados ya no vuelvan a ser las mismas. ¿Habrá posibilidades de ser mejores, de reivindicar y construir otra vida?, ¿o vamos hacia el abismo? Hay soledad, encierro forzado y nos refugiamos en la familia; también usamos la tecnología para comunicarnos como no lo habíamos hecho antes. Frente a la oscuridad, algunos nos aferramos a la vida y valoramos lo que tenemos y a quienes están a nuestro lado. Es tiempo para el ensimismamiento, la reflexión y, en la vida del día a día, para las tareas humildes y grandiosas, como la lectura y la escritura. En esa realidad de tenebrosidad y luces, algunos integrantes de La Cofradía siguen inquietos, expectantes, activos, aferrados amorosamente a una frágil esperanza.

La impronta normalista

La iniciativa de crear La Cofradía provino de un grupo de profesores normalistas, entre ellos, Rolando Bernal Acevedo, Armando Quiroz Benítez, José de Jesús González Rivas, Luis Avelar González, Jesús Gutiérrez Romo y los hermanos Antonio y Demetrio Rodríguez Orozco. Uno de los primeros lugares de reunión fue el Centro Regional de Educación Normal de Aguascalientes (CRENA), donde se reunían formalmente a las

2 Vallejo, César, *Los heraldos negros. Antología*, México, Grupo Editorial Tomo, 2002, p. 54.

ocho de la noche, ya cuando la escuela se encontraba sin alumnos y era posible la plática libre y amena. Allí se compartían experiencias de sus primeros días como maestros, así como opiniones sobre temas de interés para todos, en especial literarios, que al final dejaban un sabor de boca que perduraba hasta que se encontraban nuevamente semanas después.

Yo conocía a varios de estos profesores y sabía de su interés por la literatura y la declamación, actividades artísticas que, como docentes, habían adquirido en su paso por las escuelas normales. Ahora se sabe con mayor claridad que en dichas escuelas, particularmente en las normales rurales, desde inicios del siglo xx se formaba a los futuros maestros no sólo en las materias que debían enseñar, ciencias y técnicas de la educación, sino también en las artes. Fue con esta tradición –que tiene una de sus raíces en el renacimiento cultural mexicano de la posrevolución– que las escuelas normales formaron maestros ávidos de participar en actividades artísticas. Para muchos, el arte ya es parte esencial de su vida y esto se puede decir de quienes crearon La Cofradía. No hubo casualidades sino un continuo, como un río caudaloso que es imposible detener.

A principios de los años ochenta conocí al profesor Jesús González Rivas, él estudiaba una maestría en la Universidad Autónoma de Aguascalientes y yo una licenciatura en educación. De Armando Quiroz, sabía que era egresado destacado de la primera generación del CRENA y habíamos coincidido haciendo nuestros pinitos como docentes en la comunidad de Paso Blanco, del municipio de Jesús María, Aguascalientes. Un par de años más tarde conocí a Rolando Bernal, él era profesor del CRENA y me abrió las puertas de la institución para aplicar cuestionarios a docentes y estudiantes como parte de mi trabajo de tesis. Siempre lo recordaré como un maestro inteligente y carismático, sensible a las inquietudes de sus alumnos y especialista en la novela histórica mexicana, además de crítico agudo e irónico de la burocracia del sistema educativo mexicano.

Me invitaron a las reuniones de La Cofradía y supe que la dinámica de sus actividades se había transformado, pues se pasó de la lectura de textos ajenos a la escritura de los propios en cualquier modalidad: poesía, cuento, novela o ensayo; el propósito era escribir para luego “tallerear”, es decir, analizar y proponer mejoras, de manera que con el tiempo se vio la conveniencia de publicar algunos trabajos. Así nació un primer folleto al que coloquialmente bautizaron como “La hojita diocesana”, la cual se editaba cada lunes o martes para ser entregada a los compañeros el viernes de reunión. Javier García Zapata, quien se unió al grupo unos meses después, era uno de los encargados de darle formato a dicha hojita. Rolando Bernal, Armando Quiroz y Luis Avelar, además de aportar escritos, eran los correctores de estilo; analizaban y decidían qué texto debía de publicarse y seguramente distinguían, como lo hacía Octavio Paz, que “mientras el poema se presenta como un orden cerrado, la prosa tiende a manifestarse como una construcción abierta y lineal”,³ y más.

Con el paso del tiempo se fue perdiendo el atractivo de hacer las reuniones en el CRENA, por lo que los concurrentes propusieron hacerlo en sus casas, con la intención de juntarse cada mes. Allí, observa el profesor Mario Cruz Palomino, tenían un ambiente favorable para el trabajo del taller, donde leían y comentaban “los poemas, los cuentos, las crónicas, los palíndromos, los artículos periodísticos, sonetos irónicos que cruzaban como dardos envenenados entre ciertos compañeros, víctimas de las telarañas trasnochadas y de los efluvios etílicos de la más alta graduación”.⁴ Entre el entusiasmo también escuchaban –y seguimos escuchando– elogios merecidos e inmerecidos; en general, me atrevo a decir que somos generosos en los comentarios, aunque para algún crítico severo de literatura, como en la obra de *La bohemia* de Giacomo Puccini,

3 Paz, Octavio, *El arco y la lira*, México, FCE, 1973, p. 69.

4 Cruz, Mario, *Breve semblanza del grupo “La Cofradía”*, sin publicar, 2019, p. 1.

tal vez varios escritos sólo sirvan para alimentar la chimenea y aminorar el frío de las noches de invierno, y así concluir que “el papel se convierte en cenizas y la inspiración sube a los cielos”.⁵ Pero no importa, porque para los cofrades el camino recorrido a una Itaca literaria, retomando a Kavafis, ya fue placentero.⁶ Ellos no viajan por llegar, viajan por ir, diría otro escritor, Eduardo Galeano.

En 1993 algunos integrantes coincidimos trabajando en el Instituto de Educación de Aguascalientes y allí supe de la conformación del grupo. Poco a poco fueron invitados otros compañeros profesores que sabían o tenían el gusto por la literatura. No recuerdo en qué año ingresé a La Cofradía, quizás fue 1995, pero ahora pienso que fui privilegiado, porque no soy profesor normalista y no hago literatura, aunque puedo decir con franca cursilería que ella, desde hace años, ha sido alimento de mi vida. La dinámica de los compañeros siguió siendo la misma, como se hace en otros grupos semejantes: se tiene una reunión donde los asistentes llevan sus textos para que luego se lean en voz alta y entre todos se comenten y hagan sugerencias de mejora. El grupo creció, entraron jóvenes y no tan jóvenes, todos hombres y generalmente profesores de formación normalista; algunos, además de escribir, cantaban, declamaban, hacían teatro, coordinaban programas de televisión y radio, dibujaban y pintaban.

Con el tiempo, pasamos de “un peregrinar casi religioso de mes a mes”, siempre un viernes por la noche, a reuniones “cuando se pudiera y en donde se pudiera”. Hubo quienes afianzaron el nombre de “La Cofradía”, porque creyeron que se apegaba a las características del grupo: *co-fratter-con herma-*

5 Ver <http://gg.gg/o4s9wg>

6 “Cuando emprendas tu viaje a Itaca/ pide que el camino sea largo,/ lleno de aventuras, lleno de experiencias./ No temas a los lestrigones ni a los cíclopes/ ni al colérico Poseidón...”. Fragmento del poema “Itaca” de Kavafis, el cual señala la importancia del trayecto y no sólo del fin. Ver <http://lassandalias-deulises.com/camino-a-itaca-poema-kavafis/>

nos, cuyo significado es hermandad, esto es, hermanos en la creación literaria y en general en cualquier actividad artística que requiriera de invertir tiempo en reuniones de personas que persiguiesen los mismos objetivos. Al profesor Mario Cruz y a otros compañeros también les dio por condensar este activismo en un símbolo, en un ícono, que fue el caracol partido por la mitad, a partir de una leyenda indígena de Quetzalcóatl, que hace referencia a la unidad y a la infinitud del conocimiento, además de la fertilidad y la vida.

¡Viva la bohemia!

A mi parecer, hay otro rasgo sobresaliente de La Cofradía que ha estado ahí desde sus primeros años: la bohemia, es decir, la presencia de un ambiente relajado y alegre, un tanto contracultural o subcultural, donde compartimos las artes, el vino y la risa. No hablamos de deportes y menos de política. Nos reunimos cuando se puede en casa de alguno de los integrantes y, en ocasiones, en una noche de bohemia, la vida se vuelve despreocupada y llega la risa maravillosa y constante que contagia y libera, ésa que, como dijera el poeta Miguel Hernández, nos pone alas. El lugar de reunión francamente no ha sido tan importante, hemos estado en casas del centro de la ciudad o en algunas ubicadas en colonias lejanas y escondidas; a veces, ese lugar de encuentro ha estado fuera de la ciudad, incluidas un par de ellas a los pies del Cerro del Muerto. Las reuniones han tenido lugar en terrenos baldíos, talleres mecánicos, azotehuelas frías, patios traseros, salas ordenadas, auditorios formales, patios de escuelas, casas de campo... El lugar, en fin, es lo de menos, la reunión la hacen los cofrades, plenamente dispuestos a compartir, a con-vivir.

Y con este afán de abrirse al mundo literario, integrantes de La Cofradía mantuvieron relaciones con profesores del

pueblo mágico de Nochistlán, Zacatecas. Allí, en varias ocasiones, visitamos a José Ramírez Oliva, Elías Lomelí y Carlos Minero. También nos hemos reunido en el pueblo Estación Genaro, Zacatecas, gracias a la generosidad de la familia del profesor Mario Cruz Palomino. En ambos lugares hemos tenido anfitriones que jamás vamos a olvidar, y no queremos hacerlo. Luego, la red se extendió y algunos compañeros forman ya parte de grupos más formales de literatos que habitan en ciudades lejanas.

Hay compañeros que se acercan más a ese estereotipo francés de la *bohémien* y tienen un estilo de vida acorde a ese cliché, con valores diferentes a los de la mayoría de la gente. Por eso no es casualidad que, en algún momento, hayan llegado amigos de los amigos al grupo, con ideas no convencionales, que representan un enriquecimiento intelectual atípico y expresiones artísticas alternativas; aunque luego sigan su camino. Ellos son “almas abiertas”, dijera el poeta español Emilio Carrere, que con razón protestan contra ese fuerte dolor de la vida, que es dolor social creado por el egoísmo y la estupidez. Vienen de otros territorios y beben de esos vinos que en estas tierras no se saben beber. También ellos forman parte de la historia de este grupo.

La tradición que cobija a los integrantes de La Cofradía es la de maestros normalistas destacados. Su formación es la de una izquierda cultural que desde México supo de dictaduras militares en el sur y se solidarizó con las luchas libertarias enarbolando la imagen del Che Guevara; aprendiendo las canciones de la nueva trova cubana y el canto nuevo latinoamericano. Algunos de ellos son férreos seguidores de la reivindicación del mundo indígena y, desde luego, rechazan toda idea del encuentro entre dos mundos, al sostener la tesis de la dominación bárbara y sanguinaria del conquistador español. Desde una postura latinoamericanista, varios compañeros leyeron, leímos, la poesía de Pablo Neruda, Mario Benedetti, Roque Dalton,

César Vallejo y Nicolás Guillén; las crónicas y narraciones de *Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano, y se fascinaron con la obra de Juan Rulfo. Y no es para menos, sobre todo cuando varios profesores iniciaron su trabajo en comunidades rurales pobres muy parecidas a las que este autor describe en sus célebres obras *Pedro Páramo* y *El llano en llamas*. Algunos, incluso, asumieron el compromiso académico de analizar profesionalmente esta obra.

Muchos de ellos tuvieron como maestro –en el aula o fuera de ella– al profesor José de Jesús González Rivas, a quien siempre le guardamos respeto y admiración. Con él hubo recuerdos de las primeras experiencias como docentes en comunidades apartadas, con él siempre hubo un consejo generoso y atinado. Pasa el tiempo y me convengo de que fue un profesor ejemplar que ofreció mucho a sus alumnos y a su comunidad. Era de esos “viejos jóvenes” que el presidente chileno Salvador Allende citó en su famoso discurso de Guadalajara en 1970.⁷ Lo recuerdo como buen anfitrión, sonriendo por las ocurrencias de los compañeros cofrades, sus antiguos estudiantes que lo respetaban y que parecían ser todavía aquellos adolescentes que se preparaban para ser profesores de primaria.

Años de cambios

El tiempo pasó muy rápido. Hace ya un cuarto de siglo que inició La Cofradía y la amistad, el gusto por reunirnos para compartir literatura y la música continúan. La pandemia no detuvo el entusiasmo y los viernes por la noche se abre la puerta virtual para la reunión. De vez en vez, expresiones de artes plásticas y escenas histriónicas se asoman y los encuentros entre amigos se vuelven caleidoscopios. Sabemos de los problemas que ocu-

7 Allende, Salvador, “Hay jóvenes viejos y viejos jóvenes... y en éstos me ubico yo”, *Beers & Politics*, 1970. <http://gg.gg/o4saq>

rren y nos duelen, vamos con las transformaciones del mundo, escuchamos detenidos su palpitación, pero el grupo permanece creativo y optimista. Sus integrantes, parafraseando una línea de un poema de José Emilio Pacheco, prefieren esa poesía que es como un diario en donde no hay proyecto ni medida.

Cuando La Cofradía inició, recién había caído el muro de Berlín y, con él, se habían derrumbado la Unión Soviética y el término de la Guerra Fría; algunos hablaron, incluso, del “fin de la historia”. En esos primeros años de los noventa, mientras se creaban expectativas con el acuerdo de paz entre los gobiernos de Israel y Palestina, al mismo tiempo que se creaba la Unión Europea, en 1994, en un país pobre de África, Ruanda, se vivía uno de los genocidios más sangrientos de la historia contemporánea. En América Latina sólo dos países no tenían elecciones democráticas: Cuba y México, pero la corrupción y el narcotráfico ya permeaban en varios países de la región. En nuestro México hubo asesinatos en la élite gubernamental y en la jerarquía eclesiástica. También algunos vieron un futuro prometedor con la firma del Tratado de Libre Comercio, pero, por estar pensando en el norte, nos atrapó el sur, con indígenas de comunidades chiapanecas que se levantaron en armas para luchar por justicia y una paz verdadera.

Fueron años de rebeldía y esperanza que se colaron discretos en La Cofradía. Algunos optaron por la “literatura comprometida”; la poesía como arma política que denuncia y convoca, que lucha y tiene fe en un mejor porvenir. Rogelio Guerra, uno de ellos, frecuentemente nos compartía textos cargados de indignación por la injusticia y la desigualdad social; luego, yo cantaba “Para la libertad”, con letra de Miguel Hernández y música de Joan Manuel Serrat, y “Cómo gasto papeles” del cubano Silvio Rodríguez. Años más adelante, Zeus Guerra, en plena juventud, vendría a ofrecer la cara *rockera* de esa rebeldía y de esa esperanza, y Adán Contreras, desde la

literatura, desde su agudeza intelectual, prefería el humor y la irreverencia. Había llegado la nueva generación.

Casi desde el principio, el maestro Alejandro Collazo puso el rasgo musical al grupo y las reuniones de diciembre en su casa han llegado a ser parte de un ritual, porque es él y su familia quienes ofrecen, como pocos, su espacio y su corazón. Collazo toca la guitarra, canta y sabe actuar; nunca pasa desapercibido, su presencia es chispa que crea incendios. Él es el autor de la canción “Y sigo aquí”, que se ha convertido en el himno del grupo y que invariablemente se canta con enjundia en las reuniones. ¡Qué importa si desafinamos, lo que vale es el sentimiento personal compartido! No se diga más.

Además del profesor Mario Cruz, Gustavo Meza ha sido, durante estos últimos años, un compañero clave que sabe convocar y compartir. También canta y toca la guitarra, pero es mejor para escribir versos, historiar la educación mexicana y contagiar a sus alumnos del amor que profesa por las artes y la cultura. Por esto su insistencia para motivar a que algún compañero abra la puerta de su casa un viernes por la noche o un fin de semana. Así lo ha hecho Fortino Valdivia Magdaleno, de quien aprendí en los años setenta, por medio de su hermano Benjamín, lo que leían y escuchaban estudiantes rebeldes de algunas normales mexicanas. De igual manera, generoso ha sido Juan Manuel Aranda, no obstante su agudeza para corregir hasta el punto y coma más perdido del texto. Con él siempre se aprende y se degusta un buen mezcal. A Jaime Arteaga, “Jaime de Lucía”, sin duda, hay que reconocerle no sólo sus finas atenciones en su casa, sino sus cuentos que con asiduidad y entusiasmo comparte en cada reunión. Es como un hermano mayor que disfruta sin comparación estos encuentros.

En fin, con este grupo la amistad está reivindicada, aunque ésta parecería ser, como dijera el cantor argentino Alberto Cortez, un barco frágil de papel que le hace frente a la más

violenta tempestad,⁸ expresada en ese mundo absurdo y egoísta del que nos refiere Bradbury y que hoy parece fortalecerse en un territorio globalizado y neoliberal. Por ello, frente a la adversidad estructural y cotidiana, nosotros anteponeamos las buenas relaciones humanas que se cultivan de una mejor manera si, al mismo tiempo, participamos en el mundo de las artes y la cultura.

Celebrar la vida

En la república de las letras de Aguascalientes, los integrantes de La Cofradía, como lo he reiterado, han participado como creadores y difusores de la literatura. Han viajado a otros lugares y han contagiado la fiebre por leer y escribir. Ahora, algunos están entusiasmados porque han sido invitados a encuentros internacionales de poetas, donde su participación como grupo y en lo individual es reconocida. Y así como algunos salen, también hay quienes llegan como visitas al grupo. Recuerdo en este momento al cubano Julio M. Llanes y a Nathalia Jaramillo, quienes nos visitaron desde Nueva Zelanda. En este libro ellos dos también tienen un lugar especial.

Como maestros creativos y activos, varios cofrades gustan y saben llegar hacia las nuevas generaciones, por eso desde hace algunos años se asiste a bachilleratos de la ciudad para compartir el trabajo que se hace en La Cofradía. Esto surgió por iniciativa del maestro Mario Cruz Palomino, entonces director del Bachillerato “Jesús Reyes Heróles”. En estos planteles, los cofrades leen sus textos, declaman, cantan y dialogan con los jóvenes. Las veces que he asistido a estas reuniones me quedo

8 “Un barco frágil de papel,/ parece a veces la amistad/ pero jamás puede con él/ la más violenta tempestad/ porque ese barco de papel,/ tiene aferrado a su timón/ por capitán y timonel:/ un corazón”. Cortez, Alberto, “A mis amigos”, YouTube <http://gg.gg/o4sba>

gratamente sorprendido de la respuesta de los estudiantes y de la gran capacidad que tienen mis compañeros profesores de establecer un puente extraordinario de comunicación, donde hay conocimiento y afectos intensos. En la Universidad Politécnica de Aguascalientes, por invitación del entonces rector Eulogio Monreal, hubo encuentros literarios que recordaron que la formación de profesionales en el mundo de la tecnología también debe incluir humanidades.

Integrantes de La Cofradía han procurado difundir su obra, y parte de ella ha sido publicada. En un repaso rápido y con ciertas lagunas de las cuales me disculpo, ahora sabemos de publicaciones de algunos de ellos: Luis Avelar González escribió *Entre la flor y la estrella*, Armando Quiroz Benítez, *Alegorías del desdén* y Chuy Gutiérrez Romo, *Aprendiz de lagarto*; a su vez, Rolando Bernal publicó decenas de artículos sobre historia. Estas publicaciones fueron apoyadas por el Instituto de Educación de Aguascalientes y corregidas por Javier García Zapata, Rolando Bernal y Armando Quiroz, quienes integraban el consejo editorial. El maestro Jesús González Rivas escribió los libros *Maestros en la Revolución Mexicana* y *Tres tiempos*, con ilustraciones de Mario Cruz Palomino. Con añoranza y reconocimiento hemos de referirnos al maestro Rafael Aguilar Lomelí, cofrade asiduo durante muchos años; escribió poemas a la juventud y a los pueblos olvidados del progreso.

Más tarde, Rogelio Guerra, declamador y actor sobresaliente, publicó *Villa gobernador* y Fortino Valdivia, además de ser artista gráfico, que ganó la Bienal de Pintura en la UAA, publicó *Ya muerto nunca* y *Cristálidas de terciopelo*. Jaime Arteaga, prolífico escritor, ha publicado varios libros, entre los cuales podemos mencionar: *Maratón*, *Chichimecas, españoles y mulatos*, *El Chan del agua*, *El hotel quemado* y *Relatos de una época*. Por su parte, Gustavo Meza tiene en su currículum *Azúcar derretida*, *Abs. música sacra*, *Las espinas de Vasconcelos* y *Cinco de vino tinto*, además colaboró en la impresión de los

libros de Demetrio Rodríguez Orozco y de Jesús González Rivas. De manera breve, pero destacada, Juan Carlos Quiroz asistió a las reuniones de La Cofradía y destacó con sus escritos: *Versos para morir despacio*, uno de sus primeros libros; luego vinieron otros: *No había mar*, *Tauromaquia* y *Crónica de navegación (los demonios)*.

Al grupo se unieron en los primeros años, y han asistido casi de manera permanente, Juan Manuel Aranda Mata, Jaime Arteaga Novoa, Alejandro Collazo, Gustavo Meza Medina, Fortino Valdivia Magdaleno y Salvador Camacho. Más adelante se incorporaron Derly Estrada, Zeus Guerra Armas, Adán Contreras Alonso, Juan Carlos Delgado, Rómulo Bernal Acevedo y Víctor Moreno Ramos; y muy recientemente han asistido a las reuniones, entre otros, Manuel “El Meño”, Omar Ramos Tiscareño, Caleb Olvera Romero y J. Trinidad Guerrero Castorena “Trino”. Hemos tenido el gusto de que el poeta y amigo Armando Alonso haya asistido a una reunión y haya hecho comentarios y recomendaciones atinadas. Con el encierro provocado por la pandemia del COVID-19 se incorporaron nuevos escritores a los encuentros virtuales. Aquí se publican textos de José de la Torre Alcocer, Karla Andrea Camino, Claudia Patricia Quezada Rodríguez y Jesús Consuelo Tamayo.

Mención aparte merece la incorporación de mujeres al grupo, donde destaca la maestra Gaby Méndez Parga, quien fue coordinadora de programas de la Universidad Pedagógica Nacional, Unidad 011, en Radio Universidad. También han estado en el grupo Arely Jocelyn Jiménez Hurtado, Brigitte Nájera, Yolanda Padilla Rangel, Soraya Rodríguez Reyes, Magdalena Aranda Delgado, Fátima Aranda Montoya y Carmen Lucía Meza Martínez. Son mujeres activas y brillantes, con rostros que parecen llamarada, diría Gabriela Mistral.⁹ Su presencia, como se puede comprender, ha trastocado la dinámica de La

9 Cuneo, Ana María, “Gabriela Mistral: reflexiones sobre la mujer”, *Revista Chilena de Literatura*, núm. 47, 1995, pp. 115-121. <http://gg.gg/o4sdg>

Cofradía; ellas han compartido una mirada luminosa que no había estado presente en las reuniones del grupo y también han enriquecido con sus textos y su universo vital nuevas temáticas y otras formas de acercarse a las artes.

Las mujeres y los jóvenes, sin lugar a dudas, han dado ánimo renovado al grupo. Las publicaciones y los intercambios han sido, al mismo tiempo, la fuerza que revitaliza a quienes seguimos asistiendo a las reuniones. Es a partir de este grupo que también han surgido otras actividades, como la participación en programas de televisión y radio que tuvo Jaime Arteaga; en las presentaciones en escuelas de educación media y universidades en el estado; en el acompañamiento fiel y solidario de las tareas que cada uno de nosotros realiza como trabajadores y profesionistas.

Ahora estas y otras voces se reúnen en esta antología plural y fraterna, con el apoyo de una institución educativa que le ha apostado a la literatura como una extraordinaria herramienta para la formación integral de sus alumnos, además de contar con carreras de pregrado y posgrado dedicadas a la creación y al estudio profesional de las artes. Gracias a la Universidad Autónoma de Aguascalientes, mi segunda casa, es que el lector tiene *Ecos del caracol* en sus manos. La diversidad de temas, estilos y géneros presentes en este volumen permiten un acercamiento flexible y sugestivo. Son 42 autores, 42 voces, 42 universos que se mueven con imaginación lúdica y creadora. Quienes aquí escriben se saben herederos históricos de miles y miles de voces, se proyectan con arrojo y sueños hacia un futuro incierto y retador, deseosos, quizás, de que en este mundo convulso el arte nos pueda salvar.

Junto al arte están las relaciones humanas que tienen lugar en espacios y tiempos determinados, encuentros de personas concretas con nombres y apellidos: Jesús González Rivas, Gabriela Méndez Parga, Rómulo Bernal Acevedo, Juan Manuel Aranda Mata, Gustavo Meza Medina, Mario Cruz Palomino,

Luis Avelar González, Jaime Arteaga Novoa... Es por esto que me convenzo cada vez más de que si bien, en un principio, el propósito de La Cofradía era reunirnos para participar en el mundo de las artes, ahora, después de un cuarto de siglo, los integrantes del grupo también nos juntamos para celebrar la vida, que es maravillosa –no obstante la cara oscura de la luna–, convencidos, diría Aldous Huxley, de que “la gloria y la maravilla de la pura existencia pertenecen a otro orden, más allá del poder de expresión que tiene el arte más elevado”.¹⁰ Y eso, francamente, no tiene precio: ni se compra ni se vende.

Salvador Camacho Sandoval

10 Escribiendo esta introducción, Sofia Camacho me leyó estas líneas del libro, que me gustaron y que ahora retomo para terminar. Huxley, Aldous, *Las puertas de la percepción*, México, EMU, 2009, p. 34.

